

## Dirección sur, con desvíos inesperados que llevan a lugares inolvidables

Salimos de Santiago llenos de energía, rumbo al sur, y acercándonos poco a poco a una de las partes del viaje que más añoramos: la Patagonia, y más concretamente, la Carretera Austral. ¿Por qué la Carretera Austral? Este es el tipo de lugar que imaginamos ser como un largo camino errante hacia la naturaleza: remoto, poco poblado, uno de esos caminos que casi no existen que pueden parecer mayormente intactos, donde lo único que importa es la naturaleza, no la civilización. Imaginamos tramos estrechos de terreno sin asfaltar y paisajes que te invitan a reducir la velocidad para absorber su belleza. Esperamos ver altas montañas, glaciares, ríos atravesando bosques y el océano a nuestro lado. También anticipamos muchos cruces en ferry, algunos más largos que otros, y otros que requerirán planificación, ¡lo que ya hemos vivido!

Nuestro plan original era empezar en Puerto Montt, manejar hacia el sur hasta llegar a Yungay, tomar el ferry de 42 horas hasta Puerto Natales, continuar hasta Ushuaia y luego hacer el circuito hacia el norte para completar los tramos restantes de la Carretera Austral. Sabíamos que las boletas de ferry debían comprarse con antelación. Lo que no sabíamos era *de la cantidad* de anticipación necesaria.

Cuando intentamos comprar boletas a principios de enero para una fecha de salida en febrero, no tuvimos suerte: ¡el siguiente ferry disponible no era hasta mediados de marzo! Bueno, eso simplemente no funcionaría. Nuestro objetivo era estar en Ushuaia a mediados de febrero, coincidiendo con mediados del verano. Así que, una vez más, nos adaptamos. En lugar de tomar ese ferry hacia el sur, decidimos que lo tomaríamos hacia el norte e hicimos esa reserva de inmediato.



Antes de llegar a Puerto Montt, dividimos el viaje con un par de noches de acampada. La primera noche, pensábamos hacerlo en un parque nacional pero llegamos demasiado tarde. Las puertas ya estaban cerradas. Eso es algo que hemos aprendido, muchos de los Parques Nacionales en Chile requieren reserva con antelación. Así que aprovechamos para encontrar un lugar tranquilo en el bosque cercano y montar un campamento salvaje. Se convirtió en nuestra primera noche al estilo patagónico en Chile. Era sencillo, tranquilo y rodeado de árboles. ¡Fue simplemente perfecto!

Al día siguiente, nos dirigimos hacia el Circuito de los Siete Lagos, una región conocida por sus lagos —siete por si te lo preguntas— bosques y volcanes. Otra curiosidad sobre Chile: todas las carreteras, incluso en las ciudades, forman parte de un "circuito", ¿recuerdas el circuito del desierto? ¿Y el circuito pisco? En fin, acampamos junto a uno de los lagos con vistas despejadas hacia el Volcán Villarica.



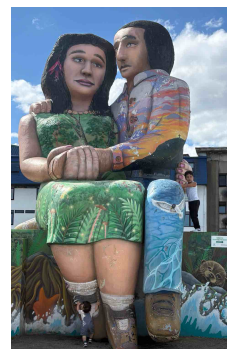


Esta zona estaba mucho más concurrida que las paradas anteriores, así que nos alojamos en un camping ya establecido en lugar de acampar en la naturaleza. Esa decisión llevó a uno de los lujos más inesperados del viaje: un jacuzzi de leña. Al principio, dudamos que se calentaría. Pero el fuego hizo su trabajo y se calentó como olla hirviendo. Bañarnos ahí por la noche, rodeados de árboles, el aire de la montaña y las estrellas se sentía como un lujo.

A la mañana siguiente, conocimos a un chileno que acampaba cerca. Curioso por nuestro Taco Libre, entabló conversación, deseando practicar su inglés. Hablamos sobre Florida, huracanes, terremotos y la vida en el sur de Chile. Explicó lo común que es la actividad sísmica en esta región y mencionó que la gente puede sentir temblores procedentes de Villarrica. Escuchar eso mientras veíamos el volcán nos recordó que esta tierra está viva y que la naturaleza siempre encuentra la manera de no dejarte olvidarla.

Finalmente, llegamos a Puerto Montt, el punto de partida oficial hacia la Carretera Austral, o la Ruta 7. Pasamos varios días allí preparándonos para la gran aventura. Esta sería nuestra última oportunidad para abastecernos antes de adentrarnos en una región donde los pueblos, tiendas y restaurantes son cada vez más escasos. Cargamos la camioneta con comida seca, conservas, arroz, pasta y barritas de proteínas. El objetivo era ser autosuficientes durante al menos dos semanas.

Mientras estábamos en Puerto Montt, paseamos por la orilla del mar y paramos junto a la estatua Mirando al Mar. Nos consentimos con una comida realmente buena en un buen restaurante, una despedida consciente de las comidas de restaurante y de la comodidad de la civilización, sabiendo que durante un tiempo tendríamos que ser creativos con las comidas y menús que nos ofrecería nuestro propio Taco Libre.



Nuestro siguiente paso dependía de un ferry. Y de nuevo, el ferry que teníamos que tomar a Hornopirén no estuvo disponible hasta dentro de varios días. De repente, teníamos tiempo y días que llenar. En lugar de enojarnos por el contratiempo, decidimos buscar alternativas para esos días extra.

Este "percance" nos llevó a la isla de Gran Chiloé. Este lugar nunca formó parte del plan original, y sin embargo, se convirtió en un desvío increíblemente memorable del viaje, en parte por su belleza, pero también por el sutil mensaje de la vida de que estábamos exactamente donde debíamos estar. Desde el principio, todo funcionó como un reloj: no planificado, pero mejor que si lo hubiera sido. En cuanto llegamos a la terminal del ferry, sin reservas, subimos directamente a bordo, sin esperar, sin retrasos y sin filas. Momentos después, nos estábamos moviendo. Fue nuestro primer cruce en ferry en Sudamérica, y se sintió simbólico.

Nos dirigimos a La Pingüinera, uno de los pocos lugares del mundo donde coexisten pingüinos Humboldt y Magallanes, situado en la localidad de Puñihuil. Por suerte, enero es un momento ideal para verlos, ya que los polluelos están naciendo. Miramos alrededor y encontramos una cabaña cerca



a donde se sube a las lanchitas para ver a los pingüinos. Contactamos al propietario por WhatsApp para saber el costo y la disponibilidad. La mujer nos dio el precio de la pequeña cabaña, con la advertencia de que no tenía internet ni televisión. Eso no nos importó, porque no vemos tanta televisión y tenemos Starlink, así que le dijimos que lo aceptaríamos. Nos pidió que nos fuéramos hacia adentro del campo, y que alguien nos esperaría. Efectivamente, en pocos minutos llegó su hija disculpándose porque la cabaña pequeña no estaba disponible – aún necesitaba ser limpiada – así que si nos parecía bien, podríamos quedarnos en una de las grandes por el mismo precio. Por supuesto, no debatimos la alternativa y la tomamos. Resulta que no solo teníamos la cabaña más grande, sino también la que tenía la mejor vista, por el precio mas bajo. ¡Podíamos ver los pingüinos desde nuestra cabaña Y delfines! Estábamos en el cielo: se sentía tan irreal. No dejes de ver nuestro vídeo de YouTube, Pinguilandia.



Fuimos a la playa y reservamos la última excursión para ver los pingüinos, ya que aprendimos que más tarde en el día es lo mejor, porque es cuando la "familia está reunida", ya que durante el día algunos pingüinos están en el océano buscando comida. Vimos cuatro colonias de pingüinos, tanto el Humboldt como el Magallanes. La forma más sencilla de distinguirlos es mirando sus pechos: los pingüinos de Humboldt tienen una sola banda negra, mientras que los pingüinos de Magallanes tienen dos y son de mayor tamaño. Después de ver de cerca a los pingüinos adultos y a los bebés, volvimos a nuestra cabaña solo para encontrar al marido de la mujer esperándonos en la puerta para encender la chimenea. Realmente se sentía como un alojamiento de primera clase. Disfrutamos del resto de la noche junto a la chimenea, agradecidos por las aventuras inesperadas del día.



Después de una experiencia tan increíble en Puñihuil, decidimos explorar más la isla en sí. Gran Chiloé es conocida por sus coloridas iglesias de madera. De hecho, la UNESCO las ha reconocido por su importancia cultural: representan una fusión única de tradiciones indígenas y europeas. Pero pronto nos dimos cuenta de que la isla no se trata solo de iglesias de madera. Todo es de madera y colorido: casas, cercas, bancas ¡incluso barcos! Diferentes estilos de tejas de madera parecían un collage de escamas, y en colores brillantes y variados. Empezamos a pensar en Gran Chiloé como la colorida isla de madera. Sí, Gran Chiloé también forma parte de un circuito, el Circuito de las Iglesias. ¡Lo renombraríamos como el Circuito de la Madera Colorida.



Mientras recorríamos Gran Chiloé, intentamos pensar en formas de describir su paisaje. Cada lugar es único, especial y no merece ser comparado con otros. Pero a veces las comparaciones ayudan a enmarcar una sensación. Para nosotros, las colinas onduladas y los verdes en capas nos recordaban a las montañas colombianas, especialmente alrededor de Boyacá y la Sabana de Bogotá, con montañas que parecen una alfombra persa de parches verdes y cafés. El océano azul oscuro, con sus nubes y las montañas lejanas, nos recordaba la sensación del noroeste del Pacífico en Estados Unidos. No es que Chiloé sea ninguno de los dos lugares, pero ahí, parecía que esos dos mundos se hubieran unido y se solapan.



Mientras estuvimos en la isla, también visitamos el Hito Cero, que es el marcador del kilómetro cero de la Carretera Panamericana. Un marcador sencillo, ¡pero genial! Es el marcador al sur donde comienza la carretera que cruza todo el continente americano, "la PanAm". Su pavimento une más que kilómetros: conecta las distintas culturas, las formas únicas de vida, las complejidades de cada país y, a pesar de todas las diferencias, grandes y pequeñas, ese mismo camino tiene algo en común: la sensación de asombro y aventura.

Gran Chiloé fue un desvío a causa de la falta de disponibilidad de boletas de ferry. Y, sin embargo, se convirtió en un recordatorio de por qué elegimos esta forma de viajar en primer lugar: no tenerlo todo planeado da espacio para el descubrimiento, para pausas que se convierten en momentos inolvidables y para descubrir lugares que nunca pensaste que necesitabas ver. Próxima parada... ¡La Carretera Austral!

18 de enero del 2026

